

## Libros

### Deseo y finitud

**Título:** *La infancia y el filósofo. Entrada y salida de la perplejidad del presente*

**Autor:** Jorge Úbeda

**Editorial:** Ediciones Encuentro



Hay primeros libros, libros de juventud, que no lo parecen, porque no lo son. El hecho de que nuestro autor, doctor en filosofía, director académico de la Escuela de Filosofía de Madrid —una de las iniciativas más interesantes, culturalmente y empresarialmente hablando, de los últimos tiempos—, discípulo de Miguel García-Baró, se haya presentado en sociedad con este trabajo, indica que estamos ante un nombre, y un pensamiento, que no debemos perder de vista. La calidad de su tesis doctoral sobre los rasgos platónicos en el pensamiento de Lévinas acerca de la existencia humana ya apuntaba maneras. Ahora, nos introduce por las sendas de la reflexión acerca de la infancia, que es una forma de antropología, o de pensamiento antropológico, muy aceptable. Ayudarnos a entender el modo en el que los pensadores más importantes de la modernidad han entendido la infancia puede contribuir a que nuestra radiografía de lo humano sea más precisa. A pesar de las diferencias entre Descartes, Rousseau, Kant y Nietzsche, y de paso un

capítulo dedicado a la fenomenología, la infancia nos habla siempre de nuestra insuperable finitud y los deseos de superar esa finitud.

Pero quisiera destacar tanto el previo como la coda de este trabajo. El análisis que, en las primeras páginas, hace nuestro autor de la situación cultural del presente, y que da sentido al subtítulo del libro, no tiene desperdicio. Escribe Jorge Úbeda: «Si hubiera que reducir el estado actual de la vida individual en nuestra sociedad a una sola emoción, sin ninguna duda la perplejidad sería la principal candidata. El hombre de hoy está perplejo, confuso y poseído de tal manera por el presente vivo, que eso mismo le deja desorientado. El hombre sincero, aquel que en el secreto de su alma no se engaña, no desea vivir en la perplejidad». Añade un poco más adelante: «La perplejidad es una emoción que suele dar noticia de que hemos entrado en una situación de crisis. Si queremos captar la peculiaridad de la perplejidad presente, basta con que atendamos a tres crisis de carácter intelectual que han ocurrido en el siglo XX y que han traspasado las fronteras de lo intelectual para instalarse como interpretación cotidiana en nuestro mundo. Las tres crisis a las que me refiero son la crisis de los fundamentos de las ciencias formales y naturales, la crisis del sujeto moderno y la crisis de las instituciones políticas fundadas en el discurso ilustrado» (p. 15).

Y el punto final es, y significa, una reivindicación del alma, ese modo adecuado con el que se puede llamar a la estructura compleja y dinámica del hombre. En un tiempo en el que predomina la cultura del cuerpo, de la corporeidad, afirmar que «el alma es razón que hace discursos», o que «la razón vive en el drama de su propia vida desiderativa, sujeta, por tanto, a la estructura más propia de una narración abierta», o que, finalmente, el alma «vive anclada en su presente pero está continuamente saliendo de él. Pero no es un viaje que termine en sí mismo, o en el final de todo presente que es la muerte», significa facilitar la experiencia de un encuentro que siempre es una novedad.

José Francisco Serrano Oceja

### Nuestro tiempo

**Título:** *Evolución socio-política del siglo XX. Una introducción*

**Autor:** José Manuel Cuenca Toribio

**Editorial:** Universidad de Córdoba



Dentro de la inmensidad de publicaciones del profesor Cuenca Toribio, se debe añadir una más, reciente. Es ésta una introducción a la historia social y política del siglo XX, marcada por una visión de conjunto y por una razón de conjunto que debe tenerse en cuenta. La demografía, la democracia, el mundo de la política, particularmente el socialismo y los nacionalismos, conforman este interesante y sintético estudio.

J.F.S.O.

## Punto de vista

### Gracias, inmigrantes

Cuando os veo jugar al fútbol o divertir os de una u otra manera enfrente de mi casa, me vienen a mi vieja memoria las estampas de los emigrantes españoles en los parques de Duisburg o Essen, todavía con las marcas de fuego de la última guerra. Fueron aquéllos los años de la gran emigración española de mediados del siglo XX a las naciones ricas de Europa, finales de los cincuenta y principios de los sesenta. Muy distinta de la actual emigración del siglo XXI, causada por la crisis financiera. A los que trabajábamos como capellanes de emigrantes nos tocaba hacer de todo: desde traducir, con dificultad, los contratos de trabajo o los impresos de la Seguridad Social, a visitar en las comisarias a los trabajadores que se escapaban de las minas o de la fábrica, o comprar pijamas para los que frecuentemente ingresaban en el hospital por accidentes de trabajo. Muchos venían de las minas cerradas de Asturias o Castilla la Nueva. Muchos, también, de los pueblos campesinos de Andalucía, las dos Castillas y Galicia.

Por una u otra razón, cada día era un sinvivir: que si un accidente, que si una riña en el barracón, que si una fiesta que terminaba mal... Allí conocimos algunos la España real, que no estaba en los libros ni dentro de nuestros tranquilos centros de estudio, y nos adelantamos, con toda la ingenuidad que se quiera, pero en el terreno concreto de la vida real, a la democratización de la sociedad española que tardaría aún mucho en llegar.

He seguido, como otros muchos, la aventura de casi todos vuestros países, europeos, americanos o africanos, por salir, en estos años, de vuestro retraso secular, como era el nuestro, en regímenes casi siempre de dictadura, soviética, plutocrática o islámica; y sé bien cuánto va ayudar vuestro trabajo y vuestra experiencia entre nosotros, a la vez que vuestra contribución económica y humana, al desarrollo de vuestros países, si un día queréis volver a ellos, o si os quedáis aquí, sin desvincularos del todo de vuestra vida de allí. Mucho de lo que hemos aprendido y avanzado en España en este medio siglo último se lo debemos a lo que aprendimos fuera.

Nunca he creído que podía aplicarse al hombre real el proverbio biológico de que *el buey donde nace paca*, o la tonta frase de que *la patria es la libertad*, que es como decir nada, pero sí tengo por cierto que no puede haber patria sin libertad, sin un trabajo digno, sin un corro de afectos y comunicaciones, que es lo que vosotros estáis ahora buscando también entre nosotros. Quiero agradecer os el que estéis aquí, ayudándonos, completándonos, acompañándonos. ¿Qué sería de muchos campos nuestros, de muchos tajos y empresas, de nuestra hostelería, de nuestros servicios sociales, sin vosotros?

¿Que a muchos os confundan con los delincuentes que nunca faltan en cualquier grupo humano, y que paguéis unos por otros? En nuestra emigración también sufrimos que nos llamaran ladrones, violadores, asesinos, alborotadores..., porque una ínfima minoría lo era. Pero la gran mayoría de la población estaba contenta con nosotros. Aquí, lo mismo. Gracias, compatriotas.

Víctor Manuel Arbeloa